

rante el sitio, se pusieron en fuga y apenas pudieron salvarse en sus bajeles. La fama de estos grandes sucesos voló por toda la Europa, y sus ecos gloriosos resonaron hasta Méjico, dando motivo á un acto notable de generosidad de D. Alonso de Villaseca, fundador de los jesuitas en esta capital, que lleno de admiracion por el valor heróico del gran maestro y de sus caballeros, les hizo un donativo de mas de *sesenta mil pesos*, para contribuir á los gastos de la reposicion de las fortificaciones de la plaza (1).

Libre Felipe del cuidado en que los turcos le habian puesto, volvió toda su atención á los Países Bajos. Los edictos publicados contra los protestantes eran tan rigurosos, que irritaron los ánimos de todos. La muerte en las llamas ó en el cadalso era la pena, no solo de los que habian adoptado las nuevas opiniones, sino de los que les daban asilo en sus casas, ó no los denunciaban. Los bienes de los reos eran confiscados, y con ellos se recompensaban los delatores; para conocer de estas causas, se estableció un tribunal especial, y para aumentar el número de personas que vigilasen sobre la conservacion de la doctrina de la iglesia, se aumentó el número de obispos, poniendo uno en cada provincia. El obispo de Arras, Granvelle, que habia quedado por conseje-

(1) Alegre, Historia de la compañía de Jesus en Nueva España, tom. 1.º, lib. 2.º fol. 177. En el lugar respectivo de esta obra, ha-

brá ocasion de referir otros actos de generosidad no ménos notables de este hombre extraordinario.



D. FERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO,  
Duque de Alba.

*Virey de Nápoles. Gobernador General de los Países  
Bajos. Conquistador de Portugal.*

ro de la duquesa Margarita, era quien sugería todas estas medidas, y por premio de su zelo, Felipe le confirió el arzobispado de Malinas, y obtuvo del papa que se le condecorase con la púrpura. También consiguió el rey de la silla apostólica, que se le concediese por cinco años la décima parte de todas las rentas eclesiásticas para continuar la guerra contra los infieles, y que se le diese el título de protector de la iglesia. Los estados de Flandes habían representado contra todas las medidas de rigor dictadas contra los sectarios, persuadidos que el mal podría remediarse por medios más suaves, pero Felipe á todo se rehusó, declarando resueltamente "Que quería más no ser rey, que tener hereges por súbditos."

Según el progreso ordinario de todas las revoluciones, del descontento y las quejas se pasó á los actos de violencia. Hubo fuertes conmociones en casi todas las ciudades, siendo los eclesiásticos católicos y los objetos del culto, el blanco del furor de los sectarios; mas todo pudo todavía reprimirse con algunos castigos ejecutados en los más culpables, y con las medidas de templanza que adoptó la gobernadora, pero esta conducta prudente fué desaprobada por el rey, quien habiendo tratado en su consejo este grave asunto, siguió el parecer del duque de Alba y de otros que estaban porque se adoptasen medidas de rigor, y que se enviase un ejército, cuyo mando se confirió al mismo duque, el cual salió de Cartagena el

15 de Abril de 1567, con treinta y siete galeras, para pasar á Italia, donde se reunia el ejército á cuya cabeza se iba á poner. Este era mas bien el cuadro que habia de llenarse con los reclutas y nuevas fuerzas que habian de incorporársele en su marcha, pero era notable por la calidad de las tropas, y por la pericia de los gefes destinados á mandarlo. Componíanlo los cuatro tercios de infantería española de Nápoles, Milan, Sicilia y Cerdeña, con cuarenta y nueve banderas ó compañías, que en todo hacian el número de ocho mil seiscientos setenta hombres, mandados por los maestros ó mariscales de campo Alonso de Ulloa, Sancho de Londoño, Julian Romero y Gonzalo de Bracamonte. La caballería, formada de españoles, italianos y albaneses, ascendia á doce mil hombres, teniendo por general á D. Fernando de Toledo, prior de Castilla en la orden de S. Juan, hijo natural del duque de Alba. La artillería estaba dirigida por Gabriel Cervelloni, prior de Hungría en la misma orden, y como se preveia que habria que emprender muchos sitios, Felipe obtuvo del duque de Saboya que permitiese pasase á su servicio Paciotto de Urbino, conde de Montefabro, que era considerado como el primer ingeniero de aquel tiempo, así como tambien obtuvo del duque de Toscana igual permiso para el conde Chiapino Vitelli, que hacia las funciones de maestro general del ejército. Agregáronse á este varios oficiales de nombradía, tales

como Cristóbal de Mondragon, que se habia hecho conocer atravesando á nado con otros pocos el Elba, en la campaña contra el duque de Sajonia, para apoderarse de las lanchas que estaban en la ribera opuesta, en las que habia de pasar el ejército, y habiéndose hallado en todas las acciones de guerra mas señaladas de su tiempo y distinguiéndose en todas por su valor, murió á los noventa y dos años de edad, sin haber tenido jamas ni aun una ligera herida; Sancho de Avila, que se hizo despues célebre como gobernador de la ciudadela de Amberes; Francisco Verdugo; D. Bernardino de Mendoza, que habia de ser el historiador de la guerra en que iba á tener parte; D. Carlos Dávalos, hijo del marqués del Vasto y muchos jóvenes de la primera nobleza de España é Italia, que querian ir á aprender el arte militar, en la escuela de los mas afamados capitanes de aquel siglo.

Llegado á Bruselas el duque de Alba y puestas guarniciones en las principales plazas, el rigor de sus providencias llenó de consternacion á todos los habitantes, muchos de los cuales abandonaron sus hogares, para buscar seguridad en los estados vecinos de Alemania. Hizolo así el príncipe de Orange, previendo que seria el primero sobre quien descargase la persecucion, y no habiendo podido persuadir al conde de Egmont que hiciese lo mismo, este y el de Horn fueron alevosamente presos. La duquesa de Parma, viendo desairada su autoridad, pues todo es-

to se hacia sin su conocimiento, pidió permiso para retirarse, llevando consigo el aprecio general, pues habia gobernado con prudencia y moderacion, y todos veian en su separacion del gobierno, el anuncio de las calamidades que iban á sobrevenir.

Mientras en los Países Bajos las cosas presentaban cada dia un aspecto mas amenazador, en la corte se verificaba un suceso desgraciado, que ha sido materia de tantas ficciones y romances. El rey, deseoso de que el príncipe D. Carlos, heredero de la corona, recibiese una educacion correspondiente al alto puesto que estaba destinado á ocupar, lo habia enviado á la universidad de Alcalá, célebre en aquel tiempo, haciendo le acompañasen para educarse con él, D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio. El príncipe, que tenia diez y siete años, era de génio vivo y travieso, y bajando precipitadamente una escalera, se dió un golpe tan fuerte en la cabeza, que le causó una fiebre violenta que hizo se desesperase de su vida, y aunque se restableció, se echó luego de ver que sus facultades mentales habian sido alteradas. Su carácter vino á ser arrebatado y atroz: durante el sitio de Malta, se huyó de la corte para ir al socorro de los caballeros, de cuyo intento desistió sabiendo que los turcos se habian retirado: paseando una noche por las calles de Madrid, mandó á los que lo acompañaban, que entrasen á degollar á todos los que habitaban una casa y le pegasen fuego, porque por ca-

sualidad habia caido sobre él una poca de agua que arrojaron por la ventana: enamorado fantásticamente de la archiduquesa Ana, su prima, hija del emperador, con quien solicitaba casarse, trató de evadirse de España para ir á conocerla, y porque creyó que el rey su padre llevaba á mal este matrimonio, hablaba agríamente contra él y censuraba todas sus providencias: últimamente, irritado por el nombramiento del duque de Alba para el gobierno de los Países Bajos, que el príncipe pretendia se le diese, se echó con la espada desenvainada sobre el duque, que se defendió respetuosamente, hasta que al ruido vinieron criados que lo salvaron, y entónces intentó pasar á los Países Bajos, de acuerdo con los enviados de aquellos estados que se hallaban en Madrid, para lo que pidió dinero prestado y mandó al maestro de postas que le aprestase caballos. Felipe, á quien el maestro de postas dió parte de todo, pasó del Escorial en donde se hallaba, á Madrid, el 18 de Enero de 1568, y acompañado de sus ministros y de algunos señores de su corte, entró en el cuarto del príncipe, el cual turbado al verle con aquel acompañamiento, se metió en la cama diciendo á su padre. "V. M. quiere matarme? yo no estoy loco, sino desesperado de lo que se hace conmigo." El rey procuró tranquilizarlo; le aseguró que todo se hacia por su bien; palabras á las que despues se ha dado tan siniestra aplicacion, y dejándolo bajo buena guardia, se volvió al Escorial y dió

aviso de la resolución que se había visto precisado á tomar, al papa, al emperador, á todos los soberanos sus aliados y á todas las ciudades del reino. D. Carlos, lleno de impaciencia en su prision, unas veces pasaba muchos dias sin tomar alimento y otras comia con exceso, y en tiempo de calor bebia mucha cantidad de agua helada, todo lo cual le estragó el estómago, y le causó una fiebre violenta que lo condujo al sepulcro. En sus últimos momentos quiso ver al rey su padre, al que pidió perdon de todos los disgustos que le había causado, y murió el 24 de Julio de 1568, á los veintitres años y medio de su edad.

Esta muerte de D. Carlos ha sido atribuida por los escritores enemigos de Felipe II, á veneno ó á otro medio violento: dicen que la pasión que se encendió entre el jóven desgraciado y la reina D.<sup>a</sup> Isabel, que le había sido prometida en casamiento ántes que se contratase el de su padre con la misma princesa, causó la ruina de ambos, apoyando esta especie en la muerte de la reina acaecida pocos meses despues, el 3 de Octubre del mismo año. Por el contrario, rebatiendo este romance trágico con sólidas razones, los historiadores imparciales ó afectos á Felipe, presentan su conducta en la prision de D. Carlos, como un modelo del cumplimiento de los deberes de un rey para con la nacion que gobierna, posponiendo los sentimientos paternales á las obligaciones de la corona. Del matrimonio con D.<sup>a</sup> Isabel solo quedaron

la infanta D.<sup>a</sup> Isabela Clara Eugenia, que fué el objeto de la predilección de su padre, y D.<sup>a</sup> Catalina, por lo que Felipe, deseoso de tener sucesion masculina, pasó dos años despues (1570), á cuartas nupcias con su sobrina D.<sup>a</sup> Ana de Austria, que estaba destinada á D. Carlos, y de quien tuvo á D. Fernando, que murió jóven, y que por su buena índole formaba las delicias de su padre y las esperanzas de la nacion; otros dos infantes que tambien murieron de corta edad, y á D. Felipe que le sucedió en el trono.

El duque de Alba, establecido con poder absoluto en el gobierno de los Países Bajos, publicó un edicto mandando se cumpliesen los publicados anteriormente contra los protestantes, y dió á estos un mes de término para salir del país, llevándose sus bienes y efectos, y para proceder contra ellos estableció un tribunal compuesto de doce consejeros españoles con un presidente, que los flamencos llamaban el Consejo de sangre. Para asegurar la ejecución de sus providencias, tomó varias medidas, entre otras la de construir una ciudadela en Amberes, y luego que tuvo presos á los condes de Egmont y de Horn, citó á comparecer ante él al príncipe de Orange, que como hemos dicho, se había retirado á sus estados de Alemania. Este, siendo príncipe del imperio, ocurrió al emperador representándole la persecucion que sufría y el estado de opresion en que se hallaban los Países Bajos, pero aunque el emperador y el mismo papa

escribieron á Felipe para que moderase tanto rigor, contestó que la severidad que empleaba el gobernador, no era todavía bastante para reprimir y castigar la insolencia de aquellos súbditos rebeldes. El emperador, descontento de esta respuesta, favoreció al de Orange, quien invirtiendo toda su fortuna y auxiliado por los príncipes protestantes de Alemania, levantó un ejército, con el que se proponía entrar en los Países Bajos, ántes que el duque de Alba consolidase mas su poder en ellos. El duque, para afianzar la sumision del país, mientras repelia la agresion que le amenazaba, redobló las medidas de severidad, y para llenar de terror á los habitantes, hizo condenar á muerte á diez y nueve de los principales señores, que habian entrado en la confederacion que se formó para defensa de sus fueros, y habian firmado una representacion á la duquesa Margarita: instruyóse al mismo tiempo el proceso de los condes de Egmont y de Horn, y no obstante que estos, como caballeros del Toison, no podian ser juzgados sino por el consejo supremo de la órden, fueron condenados á la pena capital por el tribunal de sangre, y el vencedor de Gravelines fué degollado en la plaza de Bruselas. En España, Felipe hizo dar garrote secretamente en el castillo de Simancas á Floris de Montmorency, conde de Montigny, que habia sido enviado á la corte por los estados de Flandes, y á quien se acusaba de haber invitado al príncipe Carlos para

la evasion que intentaba (1). El otro comisionado murió en la prision.

El principio de la campaña no fué feliz para las armas de Felipe: los españoles, viendo con el mayor desprecio á los alemanes que conducia el conde Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, obligaron al conde de Aremberg, que mandaba una division, destinada por el duque de Alba á observar los movimientos de aquel, á atacarlo en el puesto ventajoso que ocupaba, y fueron derrotados con gran pérdida. El duque se movió con todas sus fuerzas contra el conde Luis, antes que llegase el príncipe de Orange: lo atacó en su campo de Jeminjen, en las riberas del rio Ems, y no obstante la fuerte posicion que habia tomado, aprovechando el duque una sedicion de los alemanes que estaban con el conde, que no quisieron pelear mientras no se les pagase lo que se les debia de sueldos, lo desbarató completamente, y no habiéndose dado cuartel, fué vengada la primera derrota con la muerte de mas de siete mil hombres. Llegó entonces á la frontera el príncipe de Orange con un ejército de veinte mil hombres, y aunque el del duque fuese de igual número, era muy superior por la clase de gente que lo componia. Sin embargo, persuadido de que el de Orange no podria man-

(1) Véase la horrenda relacion de el folio 556 hasta el fin. Felipe de esta ejecucion con todos sus pormenores, en la coleccion de documentos de Navarrete, tomo 4.º, des- II recomendó con mucho empeño, que se hiciese creer que Montigny habia muerto de enfermedad.

tener tanta gente por mucho tiempo, y que por falta de recursos tendria que desbandarse aquella reunion, sin necesidad de combatirla; se redujo á seguir sus movimientos para impedirle penetrar en las provincias, y entónces se verificó aquella memorable campaña, en que dos de los mayores generales de aquella época, manifestaron los mas grandes conocimientos en el arte militar, en una série de marchas y movimientos que tenian por objeto burlar el uno la vigilancia del otro, pero cuyo resultado, como el duque lo habia previsto, fué quedarse el príncipe de Orange sin ejército, sin haber podido penetrar en el pais que intentaba poner en insurreccion, teniendo que retirarse á Francia con las cortas fuerzas que le quedaron, á dar auxilio al partido calvinista que estaba en guerra contra el rey.

El duque de Alba hizo su entrada triunfante en Bruselas; se le levantó una estatua, alusiva á las ventajas que habia obtenido y á la sumision de las provincias, que estas tuvieron como un insulto, y castigó con su acostumbrada severidad, á todos los que durante la campaña se habian manifestado inclinados en favor del príncipe de Orange. La revolución podia darse por terminada, pues los promovedores de ella habian tenido que evadirse, y sus esfuerzos estaban reducidos á armar algunos corsarios desde los puertos de Inglaterra en que habian sido admitidos. La corte de España creyó entónces oportuno conceder una am-

nistía, que hizo confirmar por el papa, y el duque la publicó en Amberes (1571), con toda la pompa de un monarca, sentado en un trono elevado y delante de una concurrencia inmensa, atraida por la novedad del espectáculo; pero no por esto cesaron las persecuciones, pues eran tantos los exceptuados, que era mas bien un decreto de proscripcion que una amnistía. Al mismo tiempo, la necesidad de recursos para mantener tantas tropas, obligaba al duque á emplear medidas violentas para procurárselos. Sin respetar los fueros de aquellos estados, ni hacer caso de sus representaciones, estableció arbitrariamente gravosas contribuciones, que se hacian mas odiosas por el rigor con que procedia á exijirlas. Entre otras muchas impuso la décima de todos los efectos que se vendiesen, lo que encontró tanta oposicion, que en la misma Bruselas, residencia del gobierno, se cerraron las tiendas, no hallándose de venta ni aun las cosas mas necesarias para la vida. No por esto se detuvo el gobernador, sino que hizo poner horcas delante de las casas de diez y siete de los principales mercaderes, y todo estaba dispuesto para la ejecucion, cuando se suspendió por haber llegado la noticia de que los desterrados se habian apoderado del puerto de la Brilla. El duque se habia quejado á la reina de Inglaterra por el asilo que habia dado á los expulsos, y por la facilidad que estos encontraban de vender en sus puertos las presas que hacian, y aunque la reina ocultaba

mente los favorecia, no queriendo romper todavía con la España, dió orden para que saliesen, lo que poniéndolos en la desesperacion, les hizo formar en Douvres una expedicion de veintiseis buques, bajo el mando de Guillermo de Lumey, conde de la Marck, con la que se apoderaron de la Brilla, siendo este el principio de aquella sangrienta guerra, en que unas provincias entónces pobres, dominadas por fuerzas superiores, despues de haber sufrido muchos años de opresion, desatendidas sus súplicas y atropellados sus fueros, tomaron la heroica resolucion de resistir con las armas al monarca mas poderoso de la Europa, á la vista de un ejército aguerrido y mandado por los generales y gefes mas afamados de aquel tiempo; guerra en que brilló el valor, tanto de los españoles, como de los holandeses, aunque frecuentemente manchado por actos de crueldad por una y otra parte, que llenan de horror y son el escándalo de la humanidad.

Mientras la guerra se encendia en la parte mas remota de los estados de Felipe, otro peligro mas inmediato le amenazaba dentro de la misma España. Los moriscos eran un motivo de perpetua desconfianza para el gobierno español, y con el objeto de sujetarlos, se dictaban providencias que producian el efecto contrario, exasperándolos y precipitándolos á la revolucion. En 1569 se mandó, bajo pena de la vida, que no hablaran sino la lengua castellana; que renunciaran á su traje y á todos aquellos usos que

tenian alguna relacion con el mahometismo y que les hacian conservar cierto carácter nacional, y se les prohibió mudar de domicilio sin licencia de los magistrados, llevar armas y aun tenerlas. Estas disposiciones llenaron de indignacion á los moriscos, que resolvieron exponerse á los últimos extremos, ántes que someterse á ellas, y con estos intentos, puestos de acuerdo los de las montañas de las Alpujarras con los de dentro de la ciudad de Granada, tenian concertado apoderarse de esta, cuyo plan se estorbó por uno de aquellos accidentes casuales, que en las revoluciones vienen frecuentemente á impedir las combinaciones mejor meditadas: pero aunque esta parte de la conjuracion no pudo llevarse á efecto, no por eso dejaron los moriscos de tomar las armas en toda la sierra, y reuniéndose los principales en Cadiar, pueblo situado á la entrada de las Alpujarras, eligieron por rey á D. Fernando de Valor, jóven descendiente de los antiguos reyes de Granada, que tomó el nombre de Aben-Humeya, y mandaron comisionados para pedir auxilios á los príncipes de la costa de Africa y al gran señor, de quien se prometian abundantes socorros. La revolucion, que habia sido vista á los principios con desprecio, por los informes contradictorios de las autoridades de Granada, se presentó entónces en toda su gravedad, y fué preciso tomar medidas muy activas para reprimirla. El marques de Mondéjar, capitan general de Granada, penetró con